



"Los dos reyes y los dos laberintos"

Intervención de Gabriel D'lorio a propósito de la lectura del cuento de Jorge Luis Borges. 15 de julio de 2006.

Clase plenaria, cierre del módulo introductorio. Segunda cohorte.

Filosofías del laberinto o cómo pensar el corazón de una *cultura*

¿Cómo pensar filosóficamente este relato? ¿Qué decir según el concepto acerca de esta alegoría? Y sobre todo, ¿en qué sentido puede servirnos para pensar la condición contemporánea de la cultura?

Para la filosofía, o al menos para toda filosofía digna de ese nombre, una cultura se articula alrededor de un *centro de gravitación*, un *fundamento metafísico* que le otorga sentido y valor a todo *lo que es*. Uno de los méritos del relato borgeano reside justamente en ofrecernos lo estrictamente necesario para pensar el problema filosófico al que se enfrenta el corazón de toda cultura y lo hace a partir de tres figuras literarias, o mejor, tres personajes conceptuales. Se trata de *dios*, de la *naturaleza* y del *hombre*.

Si algo pertenece a la filosofía es la pregunta por la *esencia* de las cosas que son y en este caso la esencia que buscamos es la de la relación entre *dios*, *naturaleza* y *hombre*. La dificultad reside aquí en que no hay una única manera de entender dicha relación. En la historia del pensamiento encontramos al menos *cuatro* modos diferentes de entenderla y sólo dos de ellos aparecen en el relato de Borges.

1. En primer lugar encontramos un tipo de relación entre los hombres, los dioses y la **naturaleza** que le otorga primacía y centralidad justamente a la naturaleza, en el doble sentido del término: orden natural y naturaleza de las cosas. Esta relación es la que postularon hace ya mucho tiempo los *griegos* para quienes la naturaleza, la *physis*, significaba ni más ni menos que el centro del cosmos, el núcleo esencial a partir del cual se organizaba la vida de los hombres y el culto a los dioses. Para decirlo de un modo más claro aún: los griegos estructuraban la experiencia de la cultura imaginando un orden de las cosas según el cual ni los dioses ni los hombres podían violar la composición natural de un *cosmos* al que de hecho debían ajustarse y al que consideraban el verdadero ser de todo lo que es.

Esta relación entre dioses, hombres y naturaleza, relación fundamental del mundo griego, relación determinante para entender el corazón de la **cultura antigua**, podríamos denominarla **cosmológica**, en tanto su centro de gravitación no es otro que la **naturaleza** misma hecha ley como garantía y expresión de un orden cósmico que se presupone bueno, bello y verdadero.

2. Este modo de pensar la relación no es el único y ni siquiera ha sido el más durable en la cultura de occidente. En efecto, en lugar de colocar a la naturaleza en el centro podríamos pensar

que hay un **Dios** y que este Dios no sólo está en el centro en virtud de su eternidad sino en virtud de su *fuera de hacer*: es el Dios creador de la naturaleza y de los hombres. El Rey de Arabia, como todos los "hombres digno de fe", es fiel a esta creencia según la cual la infinita sabiduría del hacedor ("pero Alá sabe más") otorga sentido y valor a todo acto, incluso a los actos que implican guerra y muerte. El *desierto* en tanto verdadera creación divina es el *escenario* pero también el *arma* de castigo para aquellos que osaran imitar y desafiar el orden divino.

Este tipo de relación tiene una *larga tradición*, que podemos reconocer ya en el Antiguo Testamento, tuvo en la Edad Media Cristiana, que es también la Edad Media Musulmana, su momento de verdadero esplendor. Segunda relación entonces entre dios, naturaleza y hombres, relación que podríamos denominar **teológica**, una relación que hace suya la lógica del inescrutable *theós*, fundamento *divino* de toda ley y corazón de la **cultura premoderna o medieval** que organiza alrededor de tal Dios la vida en común de los hombres y la naturaleza.

3. Pero el privilegio de ser centro no ha correspondido sólo a la naturaleza o a Dios sino también al *hombre*. El hombre como figura paradigmática que ocupa el *centro* de la relación con los dioses y la naturaleza. Esta parece ser la convicción que guía el obrar del Rey de Babilonia, "el rey del tiempo, la sustancia y cifra del siglo", el fabricante de artificios que son "un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres".

En sentido estricto el hombre ha ocupado el centro de la relación en ese período histórico que llamamos **mo-**

deridad. La **cultura moderna** estableció una relación que podríamos denominar no ya cosmológica ni teológica sino **antropológica**: el hombre como esencia de una cultura que reduce a Dios a simple *idea de la razón* y somete a la naturaleza a los imperativos de la *tecnociencia*. Son los tiempos del *triunfo de la razón*, de un humanismo ilustrado que buscará realizar el *paraíso* en la tierra. Se trata pues de una cultura que hizo del **hombre** "la medida de todas las cosas" y de la *ley humana* la geométrica vara de la ley natural y de la ley divina.

Tenemos entonces tres relaciones posibles y tres centros de gravitación que articularon modos culturales esencialmente diferentes: la **cosmológica** con la **naturaleza** como núcleo, la **teológica** bajo la tutela de *Dios* todopoderoso y la **antropológica** con la potencia de la creación **humana** como fundamento.

El relato borgeano muestra la *tensión* siempre abierta entre lo *teológico* y lo *antropológico*, entre la *ciudad de dios* y la *ciudad de los hombres*, entre el laberinto *divino* y el *humano*, y la muestra bajo las figuras de la *guerra* y la *astucia de la razón*. Pero hay algo inquietante en el cuento, algo que no deja de incomodar a quien lo lee: la desmesura humana representada en la astucia de una razón que imita a Dios y se burla de los simples, es castigada por la infinita potencia de Dios representada por ese laberinto divino que el desierto presume ser. Pero ese mismo castigo o esa misma venganza que acaba con la muerte no sólo del Rey de Babilonia (porque el Rey de Arabia no sólo "derrubó sus castillos e "hizo cautivo al mismo rey") sino también de "sus gentes" parece ser la contracara también descomedida de aquella primaria desmesura.

En este sentido quizás deba pensarse si entre la desmesura artificial del Rey de Babilonia que osa desafiar la ley y el orden divino y la bárbara destrucción del Rey de Arabia que decide sobre la vida y la muerte cual si fuera la mano de Dios en la tierra no hay una secreta **comunidad de sentido** porque, sea el eje civilizatorio el *hombre* y sus artificios, sea el fundamento de todo valor *Dios* y sus soldados, el enfrentamiento de estos dos centros de gravitación parece tener a la *muerte* como el más temible de sus huéspedes.

4. Esto nos lleva a postular el cuarto modo de pensar esta sinuosa relación entre hombres, dioses y naturaleza. Se trata de una hipótesis no menos inquietante que el inquietante relato, conjetura que formuló el Siglo XIX y que el Siglo XX tuvo que enfrentar como preludio del drama y la catástrofe civilizatoria. Esta hipótesis sostiene que entre los hombres, la naturaleza y dios no hay nada, o lo que es igual, **hay nada**. El verdadero fantasma que recorre a Europa durante los siglos XIX y XX no será tanto el proletariado como la *nada*, el verdadero desierto que no cesa crecer, y que, a distancia ya del orden *cósmico griego* y de las intervenciones *humanas* o *divinas* amenaza con "borrar el horizonte" de sentido. Que el desierto crece quiere decir que se hace efectiva por primera vez en la cultura la idea misma de una falta absoluta de sentido de la existencia, falta con la que comienza a materializarse la decadencia absoluta de los valores que articularon la vida en común durante milenios.

Esta centralidad de la nada tiene un nombre: **nihilismo**. Nihilista es aquella perspectiva que asume que dios, la naturaleza y el hombre han perdido centralidad en la cultura y que en el centro de la cultura no hay otra cosa que nada, puro **vacío**. La debilidad de

los vínculos comunitarios parece tener que ver justamente con esta experiencia del nihilismo. De ahí que resulte tan difícil imaginar vínculos sólidos cuando la experiencia en común parece tener por presupuesta a la **nada** misma.

Es preciso recordar aquí una vieja sentencia de Nietzsche, ese gran profeta del nihilismo, que en el *crepúsculo* mismo del siglo XIX afirmaba:

Lo que relato es la historia de los próximos dos siglos. Describo lo que viene, lo que ya no puede venir de otra manera: el advenimiento del *nihilismo*. Tal historia ya puede ser relatada hoy, porque la necesidad misma está actuando aquí. Tal futuro ya habla a través de un centenar de signos, tal destino se anuncia por todas partes; para esa música del futuro ya están afinados todos los oídos. Toda nuestra cultura europea se mueve desde hace ya largo tiempo, con una torturante tensión que crece de década en década, como hacia una catástrofe: inquieta, violenta, precipitada, como una corriente que busca *el final*, que ya no reflexiona, que tiene miedo a reflexionar

Y es imposible no conectar esta premonitory sensación de catástrofe de la que habla Nietzsche con la impresionante secuencia de guerras y genocidios que la experiencia Siglo XX ha dejado como pesado legado. Pero a pesar de la extraordinaria cadena de hechos que anudaron decadencia cultural con destrucción masiva, es necesario ir más allá de la constatación afectiva para pensar si esta imagen de lo real que propone el *nihilismo*, es la única posible para pensar el devenir contemporáneo de la cultura.

Incluso en el caso de que aceptemos la hipótesis que sostiene que entre hombres, naturaleza y dios *hay nada*, cabría preguntar si no es posible pensar esta relación de otro modo, esto

es, de un modo que no celebre la *decadencia* y la futilidad del *artificio* ni quede presa de la *furia de la destrucción*.

Para encontrar las huellas de lo que el propio Nietzsche llamaba *nihilismo futuro*, un verdadero nihilismo activo y afirmativo, es preciso volver al cuento. Hay allí una señal a partir de la cual puede pensarse de otro modo el nihilismo y con él el corazón mismo de la **cultura contemporánea**.

Cómo morar (y no morir) en el desierto

El final del relato no deja lugar a dudas: el *Rey de Babilonia* muere de hambre y de sed en el *desierto*. Si contrastamos este final con el del *Rey de Arabia* podemos apreciar una diferencia significativa: mientras el primero muere por inanición el segundo escapa del laberinto humano implorando a Dios por la salida. El artificio humano es angustiante y puede ser enloquecedor pero el divino es decididamente mortal. El cuento parece decirnos que del laberinto humano se sale por arriba pero con ayuda de alguien, sea el propio dios o la creencia en algún dios, pero nada nos dice acerca de cómo escapar del laberinto divino o de cómo habitar el desierto. Hay, sin embargo una evidencia: del desierto *nadie escapa solo*, pues nadie puede habitarlo en soledad. El rey de Babilonia perece en soledad, una soledad que significa aquí, lisa y llanamente, la *muerte*. Cabría decir que ni siquiera la astucia de la razón puede hacer algo ante el absoluto desamparo.

Quizás la clave esencial que puede ofrecer el relato para pensar una salida que vaya más allá de la constatación repetida y banal de la muerte la revele, paradójicamente, el propio Rey de Arabia, verdadero rey de la muer-

te: su modo de actuar parece decirnos que de los laberintos, sean humanos, divinos o naturales, **siempre se sale con otros**. El tránsito solitario, puramente individual, la errancia infinita del sujeto que ha perdido su condición de tal -porque ha perdido todo lazo- tiene un destino sencillamente fatal. Es por eso que podría afirmarse que el Rey de Arabia sabe lo esencial del saber: cuando, desesperado constata que no puede salir del laberinto humano apela a la fuerza de una creencia que lo liga, lo *enlaza metafísicamente* a quien reconoce como fuerza esencial de salvación.

Nuestras débiles creencias contemporáneas, nuestras creencias *líquidas*, quizás tengan todavía mucho que aprender de esa actitud, no para instrumentar venganzas que no son otra cosa que formas instintivas y mortales de justicia, sino para imaginar salidas nuevas para la experiencia colectiva de la cultura.

He aquí lo que el relato parece revelar a todo aquel que quiera pensar el estatuto de lo contemporáneo. En tiempos de **nihilismo**, de una nada que crece y avanza sobre las ruinas de las ciudades modernas y los artificios humanos, en lugar de lamentarse por la falta de grandes sentidos o grandes relatos de sentido quizás sea necesario fortalecer la **creencia** en las trabajosas relaciones mínimas, esas que ya no colocan en el centro de la cultura nada *fundamental*, ni dioses ni naturaleza ni hombres, sino la misma y precaria relación de sentido que provisoriamente van estableciendo los unos con los otros, relación que será política, amistosa, religiosa, cognitiva, amorosa, educativa, artística, según la ocasión, el deseo y la necesidad.

El nihilismo contemporáneo nos exige forjar una **nueva sabiduría práctica** y para ello seguro que necesitaremos

algo del artificio del Rey de Babilonia y algo de la creencia del Rey de Arabia, pero sin la **desmesura civilizatoria** de uno y, sobre todo, sin la **venganza bárbara** del otro.

Gabriel D'Iorio